

Donde termina una historia

Hablaban en un susurro apresurado, protegidos por las sombras de la noche, detrás del cementerio, por donde no solía pasar gente.

—Te querría más allá de la muerte, si quisieras casarte conmigo.

—En casa me necesitan.

—Yo también te necesito.

—¿Cómo quieres que me desentienda de todo?

—¿Y te desentenderás de mí?

—Mi padre sabe lo que hace... Quiere lo mejor para mí.

—Tu padre solo quiere lo mejor para él y para su negocio. Tú no cuentas.

—No hables así.

—Escapémonos. Marchémonos a Barcelona y que nos case algún canónigo.

—¿Has perdido el juicio? No quiero ser una fugitiva.

—Piénsatelo. Te esperaré siempre.

—No hay nada que pensar. No quiero pensármelo.

—¿Es que no me quieres?

ANNA TORTAJADA

—Mucho.
—Pero no lo bastante.
—¿Bastante?
—Para mandarlo todo al infierno.
—En casa me necesitan...
—¿Y yo? ¿Es que yo no te necesito?
—No, tú no me necesitas. Solo me quieres.
—Más que a nada en este mundo.
—Pero no puede ser.
—Hablaré con tu padre, todavía estamos a tiempo.
—No, por favor. Júrame que no le dirás nada. Él confía en mí.

—¿Estás decidida?
—Tengo que irme a casa.
—Todavía no. Quédate. Solo un rato.
—No puedo. Me asustas.
—¿Te asusto?
—Me voy. Es la hora de la cena.
—Te acompaño.
—No quiero que nos vean juntos.
—¿Quién sospecharía?
—Quizás nadie. Soy yo, que tengo miedo.
—Dame un beso.
—No. Por la tumba de mi madre, deja que me vaya.
—¿Lloras?
—¡Pues claro que lloro!
—¡Huyamos! Cojo el carro y nos vamos. Espérame aquí.

Cuando él volvió, ella ya no estaba. Al día siguiente se casaba. Antes de que tuviera la primera criatura, él también estaba ya casado.

Donde se habla brevemente del nacimiento de la villa

Éranse los tiempos de los catorce vientos, de los que siete eran malos y otros siete buenos, en los que la villa de Arraona no existía.

Aunque, bien mirado, de un modo u otro quizás había existido siempre. ¿Acaso no había ya antes gente viviendo y trajinando por aquellas tierras, sufriendo y soñando, regañando a la chiquillería y repartiendo besos por aquellas comarcas? ¿Qué más daba que aquellos que vendrían después lo supieran o lo hubieran olvidado?

Un terciopelo espeso, del color de las granadas más en sazón, caía pesadamente por delante del pasado, las épocas y las conquistas de unos y otros. La historia recomenzaba, nueva y flamante, con los garabatos esmerados de un relato que empieza, no que continúa. Con el afán de ser los primeros. Ser el origen de todo. No tener que agradecer, no tener que recordar, no tener que reconocer que solo eran eslabones de una cadena de la que no se conocía ni el principio ni el final, ni qué papel desempeñaban ellos ni nadie en aquel teatro del mundo.

Era un rincón del mundo. De un mundo que entonces ni sabían que fuera tan grande. A pie de sierra y muy cerca del río. Un rincón, pero era el suyo. Y al mismo tiempo, ¡cada casa era un mundo! Como en cualquier lugar donde vive gente. Hacían historia, pero tampoco lo sabían. La historia que se escribiría en mayúsculas era algo que ignoraban —más allá de las generaciones de los abuelos y de aquellos tiempos dichos de los moros—. Incluso los más redichos de los monjes, encerrados en las bibliotecas de los monasterios, o los señores que corrían mundo la desconocían. Y de lo que sabían contaban lo que les parecía y utilizaban palabras extrañas y frases enrevesadas, para decir cosas bien sencillas. De la gente no hablaban.

¿Qué le importaba la historia a la gente, si la única historia que contaba era la de su supervivencia? Bastante tenían con bregar con el día a día, para que los hijos no tuvieran que deslomarse tanto, para que pudieran reírse un poco más que ellos y toparse con menos tropiezos, entonces que todo estaba en manos de Dios y de los señores, que los protegían y al mismo tiempo los asfixiaban. Los señores eran un poco como Dios. Su voluntad iba a misa, y ellos, que eran sus vasallos, si podían, se consolaban rezando.

Tampoco hacía tanto que los reyes de Francia habían echado a los sarracenos y los habían perseguido hacia el mediodía hasta rescatar la ciudad de Barcelona y reconquistar las tierras hasta el río Llobregat, aunque casi un siglo más tarde la ciudad hubiera sido tomada de nuevo por las tropas de Almanzor y las fuerzas del conde Borrell, derrotadas entre Cerdanyola y Montcada, en un ir y venir de tropas que no se acababa nunca.

En medio de todo aquel bullicio, Arraona había sido cedida por los reyes de Francia al alodio del monasterio de Sant Cugat,

dejándola a su cuidado, que era una manera de consolidar la reconquista de tierras cristianas. La Iglesia, más ansiosa de acabar con las influencias de los infieles que los infieles con las de los cristianos, y tan celosa de su salvación eterna como ellos, ejercía una custodia diligente.

El monasterio de Sant Cugat debía de andar muy atareado con tantas tierras como tenía y por las que había de velar. De ahí que cediera Arraona a otro monasterio de su misma orden —la de San Benito—, más próximo a los territorios: el de Sant Llorenç del Munt, que pronto puso manos a la obra con la reanudación del cultivo de las tierras y la construcción, a la vera de las aguas del río Ripoll, de un par de molinos harineros donde ir a moler las cosechas.

La villa de Arraona todavía no existía. El lugar donde se levantaría era una encrucijada de caminos generales, con casas de labranza dispersas por sus alrededores, que un siglo después de aquella reconquista ya tenía cualidad de parroquia, con sede en lo alto de la sierra, en la iglesia de Sant Feliu d'Arraona. Y como allí donde no llegan los ruegos sí suele llegar la espada, había ya entonces un señor feudal, el del castillo de Arraona, un tal Bernat Amat, señor también de Rubí, que según se sabe y está probado, vendió el feudo de Arraona a los señores de Òdena, en el año del Señor de 1054, por una onza de oro.

A saber qué harían los monjes de Sant Llorenç para que los señores de Òdena les quitaran la pavordía, porque pronto dieron en alodio las tierras, la capilla de Sant Salvador, que ya se había erigido en el llano, y los derechos que de todo aquello devinieran a los canónigos de la Santa Creu y de Santa Eulàlia, de Barcelona, bien entendido que, si no estaban contentos de la gestión que de la pavordía hicieran, se la quitarían. Y eso que los señores de

Òdena, que quizás de tantas propiedades que tenían no daban abasto, no residían en el castillo y habían nombrado a un castellano, de la casa de los Baiona, para que rigiera las tierras de cultivo de allá del agua. Hay que mencionar que no se desentendieron del feudo, a pesar de no poner los pies en él, y, a la vuelta del siglo, no escatimaron los sueldos que hubo menester para la construcción del molino, que se llamaría de Trilla, por el campo que había justo al lado.

Mientras, la villa nacía y crecía en el llano. Y los hombres y las mujeres que les eran vasallos, a remensa o manumitidos, iban tirando, con sus vidas menudas, hechas de grandes trabajos y alegrías pequeñas, de realidades cotidianas y sueños a menudo truncados, que nadie relataría, a pesar de que de la historia solo la gente debería ser protagonista.